

QUE ALGUIEN ME DIGA PARA QUÉ SIRVE EL ARTE

Isabel Coixet, Directora de Cine Española

Artículo publicado en *El Dominical*, suplemento de *El periódico de Catalunya*, página 46, 02/06/06.

A finales de siglo pasado, la artista Clara Halter realizó la obra *Muros para la paz*. Consistía en unas gigantescas paredes en las que se podía leer la palabra paz en 50 lenguas diferentes y 18 alfabetos y se instaló en París, en el *Champ de Mars*. Tras París, la pieza se trasladó a San Petersburgo (o Leningrado, que ya no sé si se llama de una manera u otra) y a Hiroshima. Hoy, en las colinas que rodean Jerusalén se han instalado durante una semana 20 tiendas de tela blanca, donde Clara Halter ha vuelto a escribir la palabra paz en todos los idiomas conocidos. En el interior de cada tienda, en una pantalla conectada a Internet, se difunden mensajes de paz desde todos los puntos del planeta. A los artistas se les –se nos- llena la boca con la palabra paz. También, en todos los concursos de belleza, una de las cosas que todas las candidatas a *misses* dicen cuando se les pregunta por sus deseos es “la paz mundial”, como ha sido convenientemente parodiado en tantas películas.

La paz es la cosa que desean los habitantes de lugares donde hay conflictos armados. Lo que dicen las felicitaciones navideñas. Lo que proclaman los políticos cuando empiezan una guerra. Lo que rezan las lápidas, lo que se dice en los funerales: “ahora está en paz”, “descanse en paz”. Es la palabra más usada en las canciones del festival de Eurovisión. Es el compromiso que adquieren los mediadores en conflictos. Lo que todos queremos y no sabemos cómo alcanzar mientras nos peleamos con los vecinos por una fruslería o con un vendedor que no acepta que no tiene razón.

Me pregunto qué piensan los habitantes de Jerusalén cuando pasean entre estas tiendas, cuando recorren con la vista las hileras interminables de paces en todos los idiomas. ¿Pensará en la misma paz el hombre que ha perdido a su familia en un atentado terrorista? ¿La mujer que ha perdido un brazo? ¿El niño que ha nacido en Jerusalén y que ha visto cómo la emisión de dibujos animados de la televisión es interrumpida día sí y día también por las imágenes de un autobús en llamas, de hombres y mujeres con la cara ensangrentada, de niños como él, tendidos en el asfalto con la ropa hecha jirones? ¿El turista que ha contemplado con perplejidad a los hombres con sombrero y rizos que leen e inclinan la frente delante del Muro de las Lamentaciones? ¿El colono al que se le ha desposeído por la fuerza de todo cuanto tenía? ¿Los rabinos ultraortodoxos que, en uno de los actos más estúpidos –y caros- de la historia reciente han comprado todos los billetes de primera del vuelo Tel Aviv-Los Ángeles para evitar toparse con alguna mujer sentada cerca de ellos (dado que Clara Halter es una mujer, no creo que los rabinos se hayan dignado a acercarse a su obra)? ¿El palestino que ha sido cacheado cinco veces antes de llegar a esta misma colina a contemplar las tiendas de Clara Halter? Para todos ellos, para el niño, para el turista, para las *misses*, para los que ignoraran deliberadamente y con desprecio las tiendas de Clara Halter, paz es un concepto abstracto pero tangible, una aspiración que tiene que ver con la justicia, con la esperanza, con el anhelo inocente de un mundo mejor, un mundo sin dolor, sin sufrimiento, sin el horror acechando en cada esquina.

Contemplando los “Muros para la paz” en París, vi a un hombre encogerse de hombros y decirle a su mujer: “Que alguien me diga para qué sirve el arte”. Me gustaría contestarle desde Jerusalén.